

ESCENA XXIV.

GERTRUDIS, CLAUDIO,
LAERTES.

CLAUDIO.

¿Qué ocurre de nuevo, amada Reina?

GERTRUDIS.

Una desgracia va siempre pisando las ropas de otra: tan inmediatas caminan. Laertes, tu hermana acaba de ahogarse.

LAERTES.

Ahogada!... ¿En donde?... Cielos!

GERTRUDIS.

Donde (17) hallaréis un sauce que crece á las orillas de ese arroyo, repitiendo en las ondas cristalinas la imagen de sus hojas pálidas. Allí se encaminó ridículamente coronada de ranúnculos, ortigas, margaritas y luengas flores purpúreas, que entre los sencillos labradores se reconocen bajo una denominación grosera, y las modestas doncellas llaman dedos de muerto. Llegada que fue, se quitó la guirnalda, y queriendo subir á suspenderla de los pendientes ramos, se troncha un vástago envidioso, y caen al torrente fatal ella y todos sus adornos rústicos. Las ropas huecas y estendidas la llevaron un rato sobre las aguas, semejante á una sirena, y en

tanto iba cantando pedazos de tonadas antiguas, como ignorante de su desgracia, ó como criada y nacida en aquel elemento. Pero no era posible que así durase por mucho espacio.... Las vestiduras, pesadas ya con el agua que absorbían, la arrebataron á la infeliz, interrumpiendo su canto dulcísimo la muerte, llena de angustias.

LAERTES.

¿Que en fin se ahogó? Misero!

GERTRUDIS.

Sí, se ahogó, se ahogó.

LAERTES.

¡Desdichada Ofelia! demasiada (18) agua tienes ya; por eso quisiera reprimir la de mis ojos.... Bien que á pesar de todos nuestros esfuerzos, imperiosa la naturaleza sigue su costumbre por más que el valor se avergüence.... Pero luego que este llanto se vierta, nada quedará en mí de femeníl ni de cobarde... A Dios, señores... Mis palabras de fuego arderían en llamas si no las apagasen estas lágrimas imprudentes. (*Vase Laertes.*)

CLAUDIO.

Sigámosle, Gertrudis, que despues de haberme costado tanto aplacar su cólera, temo ahora que esta desgracia no la irrite otra vez. Conviene seguirle.

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

Cementerio contiguo á una iglesia.

SEPULTUREROS 1º. Y 2º.

SEPULTURERO 1º.

¿Y es la que ha de (1) sepultarse en tierra sagrada, la que deliberadamente ha conspirado contra su propia salvacion?

SEPULTURERO 2º.

Dígame que sí: con que haz presto el hoyo. El juez ha reconocido ya el cadáver, y ha dispuesto que se la entierre en sagrado.

SEPULTURERO 1º.

Yo no entiendo como ya eso... Aun si se hubiera ahogado haciendo esfuerzos para librarse, anda con Dios.

SEPULTURERO 2º.

Así han juzgado que fue.

SEPULTURERO 1º.

No, no, eso fue *se offendendo*; ni puede haber sido de otra manera, porque... ve aquí el punto de la dificultad. Si yo me ahogo voluntariamente, esto arguye por de contado una accion, y toda accion consta de tres partes, que son: hacer, obrar y ejecutar; de donde se infiere, amigo Rasura, que ella se ahogó voluntariamente.

SEPULTURERO 2º.

Qué!.... Pero óigame ahora el tío Socaba.

SEPULTURERO 1º.

No, deja, yo te diré. Mira, aquí está el agua. Bien. Aquí está un hombre. Muy bien.... Pues señor, si este hombre va y se mete dentro del agua, se ahoga á sí mismo; porque por fas

ó por nefas, ello es que él va... Pero atiende á lo que digo. Si el agua viene hácia él y le sorprende y le ahoga, entonces no se ahoga él á sí propio... Compadre Rasura, el que no desea su muerte no se acorta la vida.

SEPULTURERO 2º.

¿Y que hay leyes para eso?

SEPULTURERO 1º.

Ya se ve que las hay, y por ellas se guia el juez que examina estos casos.

SEPULTURERO 2º.

¿Quieres que te diga la verdad? Pues mira, si la muerta no fuese una señora, yo te aseguro que no la enterrarian en sagrado.

SEPULTURERO 1º.

En efecto, dices bien; y es mucha lástima que los grandes personajes hayan de tener en este mundo especial privilegio entre todos los demas cristianos, para ahogarse y ahorcarse cuando quieren, sin que nadie les diga nada... Vamos allá con el azadon... (*Pónense los dos á abrir una sepultura en medio del teatro, sacando la tierra con espueñas, y entre ella calaveras y huesos.*) Ello es que no hay caballeros de nobleza mas antigua que los jardineros, sepultureros y cavadores, que son los que ejercen la profesion de Adan.

SEPULTURERO 2º.

¿Pues qué, Adan fue caballero (2)?

SEPULTURERO 1º.

Toma! como que fue el primero que llevó armas... Pero voy á hacerte una pregunta, y si no me respondes á

cuento, has de confesar que eres uu...

SEPULTURERO 2°.

Adelante.

SEPULTURERO 1°.

¿Cual es el que construye edificios mas fuertes que los que hacen los albañiles y los carpinteros de casas y navíos?

SEPULTURERO 2°.

El que hace la horca, porque aquella fábrica sobrevive á mil inquilinos.

SEPULTURERO 1°.

Agudo eres, por vida mia. Buen edificio es la horca; pero ¿como es bueno? Es bueno para los que hacen mal: ahora bien, tú haces mal en decir que la horca es fábrica mas fuerte que una iglesia; con que la horca podria ser buena para ti... Volvamos á la pregunta.

SEPULTURERO 2°.

¿Cual es el que hace habitaciones mas durables que las que hacen los albañiles, los carpinteros de casas y de navíos?

SEPULTURERO 1°.

Sí, dimelo, y sales del apuro.

SEPULTURERO 2°.

Ya se ve que te lo diré.

SEPULTURERO 1°.

Pues vamos.

SEPULTURERO 2°.

Pues no puedo decirlo.

SEPULTURERO 1°.

Vaya, no te rompas la cabeza sobre ello... Tú eres un burro lerdo que no saldrá de su paso por más que le apaleen. Cuando te hagan esta pregunta, has de responder: el sepulturero. ¿No ves que las casas que él hace duran hasta el dia del juicio?... Anda, vé ahí á casa de Juanillo, y tráeme una copa de aguardiente.

ESCENA II.

HAMLET, HORACIO, SEPULTURERO 1°.

SEPULTURERO 1°, cantando.

Yo amé en mis primeros años,
Dulce cosa lo juzgué;
Pero casarme, eso no,
Que no me estuviera bien.

HAMLET.

¡Que poco (3) siente ese hombre lo que hace, que abre una sepultura y canta!

HORACIO.

La costumbre le ha hecho ya familiar esa ocupacion.

HAMLET.

Así es la verdad. La mano que menos trabaja tiene mas delicado el tacto.

SEPULTURERO 1°, cantando.

En edad callada en la huesa
Me hundió con mano cruel,
Y toda se destruyó
La existencia que gocé.

HAMLET.

Aquella calavera tendria lengua en otro tiempo, y con ella podria tambien cantar... ¡Como la tira al suelo el pícaro! Como si fuese la quijada con que hizo Cain el primer homicidio. Y la que está maltratando ahora ese bruto, podria ser muy bien la cabeza de algun estadista, que acaso pretendió engañar el Cielo mismo. ¿No te parece?

HORACIO.

Bien puede ser.

HAMLET.

O la de algun cortesano que diria: felicísimos dias, señor escelentísimo; ¿como va de salud, mi venerado señor?... Esta puede ser la del caballero Fulano, que hacia grandes elogios del potro del caballero Zutano para pedirsele prestado despues. ¿No puede ser así?

HORACIO.

Sí señor.

HAMLET.

Oh! sí por cierto; y ahora está en poder del señor gusano, estropeada y hecha pedazos con el azadon de un sepulturero.... Grandes revoluciones se hacen aquí, si hubiera entre nosotros medios para observarlas.... Pero ¿costó acaso tan poco la formacion de estos huesos á la naturaleza, que hayan de servir para que esa gente (4) se divierta en sus garitos con ellos?... Eh! Los míos se estremecen al considerarlo.

SEPULTURERO 1°, cantando.

Una piqueta
Con una azada,
Un lienzo donde
Revuelto vaya,
Y un hoyo en tierra
Que le preparan:
Para tal huésped
Eso le basta.

HAMLET.

Y esa otra ¿porque no podria ser la calavera de un letrado?... ¿Adonde se fueron sus equívocos y sutilezas, sus litigios, sus interpretaciones, sus embrollos? ¿Porque sufre ahora que ese bribon grosero le golpee contra la pared con el azadon lleno de barro?... ¡Y no dirá palabra acerca de un hecho tan criminal!... Este seria quizás, mientras vivió, un gran comprador de tierras, con sus obligaciones, reconocimientos, transacciones, seguridades mutuas, pagos, recibos... Ve aquí el arriendo de sus arriendos, y el cobro de sus cobranzas: todo ha venido á parar en una calavera llena de lodo. Los títulos de los bienes que poseyó, cabrian difícilmente en su ataúd; y no obstante eso, todas las fianzas y seguridades recíprocas de sus adquisiciones no le han podido asegurar otra posesion que la de un

espacio pequeño, capaz de cubrirse con un par de sus escrituras... Oh! y á su opulento sucesor tampoco le quedará mas.

HORACIO.

Verdad es, señor.

HAMLET.

¿No se hace el pergamino de piel de carnero?

HORACIO.

Sí señor, y de piel de ternera tambien.

HAMLET.

Pues dígame que son mas irracionales que las terneras y carneros los que fundan su felicidad en la posesion de tales pergaminos... Voy á tratar conversacion con este hombre. (Al sepulturero.) ¿De quien es esa sepultura, buena pieza?

SEPULTURERO 1°.

Mia, señor (5). (Canta.)

Y un hoyo en tierra
Que le preparan:
Para tal huésped
Eso le basta.

HAMLET.

Sí, yo creo que es tuya porque estás ahora dentro de ella... Pero la sepultura es para los muertos, no para los vivos: con que has mentido.

SEPULTURERO 1°.

Ve ahí un mentís demasiado vivo; pero yo os le volveré.

HAMLET.

¿Para qué muerto cavas esa sepultura?

SEPULTURERO 1°.

No es hombre, señor.

HAMLET.

Pues bien, ¿para qué muger?

SEPULTURERO 1°.

Tampoco es eso.

HAMLET.

¿Pues qué es lo que ha de enterarse ahí?

SEPULTURERO 1°.

Un cadáver que fue muger; pero ya murió... Dios la perdona.

HAMLET.

¿Que taimado es! Háblémosle clara y sencillamente, porque sino es capaz de confundirnos á equívocos. De tres años á esta parte he observado cuanto se va utilizando la edad en que vivimos... Por vida mia, Horacio, que ya el villano sigue tan de cerca al caballero, que muy pronto le desollará el talon... ¿Cuanto tiempo ha que eres sepulturero?

SEPULTURERO 1°.

Toda mi vida, se puede decir. Yo comencé el oficio el día que nuestro último rey Hamlet venció á Fortimbras.

HAMLET.

¿Y cuanto tiempo habrá?

SEPULTURERO 1°.

Toma! ¿No lo sabeis? Pues hasta los chiquillos os lo dirán. Eso sucedió el mismo día en que nació el joven Hamlet, el que está loco y se ha ido á Inglaterra.

HAMLET.

Oiga! ¿Y porque se ha ido á Inglaterra?

SEPULTURERO 1°.

Porque... porque está loco, y allí cobrará su juicio; y si no lo cobra, á bien que poco importa.

HAMLET.

Porque?

SEPULTURERO 1°.

Porque allí todos son tan locos como él, y no será reparado.

HAMLET.

¿Y como ha sido volverse loco?

SEPULTURERO 1°.

De un modo muy extraño, segun dicen.

HAMLET.

¿De que modo?

SEPULTURERO 1°.

Habiendo perdido el entendimiento.

HAMLET.

Pero ¿que motivo dió lugar á eso?

SEPULTURERO 1°.

¿Que lugar? Aquí en Dinamarca, donde soy enterrador, y lo he sido de chico y de grande por espacio de treinta años.

HAMLET.

¿Cuanto tiempo podrá estar enterado un hombre sin corromperse?

SEPULTURERO 1°.

De suerte que si él no corrompía ya en vida (como nos sucede todos los días con muchos cuerpos galicados, que no hay por donde asirlos), podrá durar cosa de ocho ó nueve años. Un curtidor durará nueve años, seguramente.

HAMLET.

¿Pues qué tiene él mas que otro cualquiera?

SEPULTURERO 1°.

Lo que tiene es un pellejo tan curtido ya por mor de su ejercicio, que puede resistir mucho tiempo al agua, y el agua, señor mio, es la cosa que mas pronto destruye á cualquier hideputa de muerto. Ve aqui una calavera que ha estado debajo de tierra veinte y tres años.

HAMLET.

¿De quien es?

SEPULTURERO 1°.

¡Mayor hideputa, loco!..... ¿De quien os parece que será?

HAMLET.

Yo ¿como he de saberlo?

HAMLET.

¿Y exhalaria ese mismo hedor?... Uh!

HORACIO.

Sin diferencia alguna.

(El Sepulturero 1°. acabada la escavacion, sale de la sepultura y se pasea hácia el fondo del teatro. Viene despues el Sepulturero 2°. que trae el aguardiente; beben y hablan entre si, permaneciendo retirados hasta la escena siguiente, como lo indica el diálogo.)

HAMLET.

¿En que abatimiento hemos de parar, Horacio!... ¿Y porque no podría la imaginacion seguir las ilustres cenizas de Alejandro hasta encontrarlas tapando la boca de algun barril?

HORACIO.

A fe que seria escesiva curiosidad ir á examinarlo.

HAMLET.

No, no por cierto. No hay sino irle siguiendo hasta conducirlo allí con probabilidad y sin violencia alguna. Como si dijéramos: Alejandro murió, Alejandro fue sepultado, Alejandro se redujo á polvo, el polvo es tierra, de la tierra hacemos barro... ¿Y porque con este barro en que él está ya convertido no habrán podido tapar un barril de cerveza? El emperador César, muerto y hecho tierra, puede tapar un agujero para estorbar que pase el aire... Oh! Y aquella tierra que tuvo atemorizado el orbe, servirá tal vez de reparar las hendiduras de un tabique contra las intemperies del invierno... Pero callemos... hagámonos á un lado, que... Sí... aquí viene el Rey, la Reina, los grandes... ¿A quien acompañan? ¿Que ceremonial tan incompleto es este!... Todo ello me anuncia que el difunto que conducen dió fin á su vida con desesperada mano... Sin duda era persona de calidad... Ocultémonos un poco, y observa.

SEPULTURERO 1°.

¡Mala peste en él y en sus travessuras!... Una vez me echó un frasco de vino del Rin por los cabezones... Pues señor, esta calavera es la calavera de Yorick, el bufon del Rey.

(El sepulturero le da una calavera á Hamlet.)

HAMLET.

Esta?

SEPULTURERO 1°.

La misma.

HAMLET.

¡Ay pobre Yorick!... Yo le conocí, Horacio... Era un hombre sumamente gracioso, de la mas fecunda imaginacion. Me acuerdo que siendo yo niño me llevó mil veces sobre sus hombros... y ahora su vista me llena de horror, y oprimido el pecho palpita... Aquí estuvieron aquellos labios donde yo di besos sin número... ¿Qué se hicieron tus burlas, tus brincos, tus cantares, y aquellos chistes repentinos que de ordinario animaban la mesa con alegre estrépito? Ahora, faltar ya enteramente de músculos, ni aun puedes reírte de tu propia deformidad... Vé al tocador de alguna de nuestras damas, y dila para escitar su risa, que por mas que se ponga una pulgada de afeite en el rostro, al fin habrá de experimentar esta misma trasformacion... (Tira la calavera al monton de tierra inmediato á la sepultura.) Dime una cosa, Horacio.

HORACIO.

¿Cual es, señor?

HAMLET.

¿Crees tú que Alejandro metido debajo de tierra tendria esa forma horrible?

HORACIO.

Cierto que sí.

ESCENA III.

CLAUDIO, GERTRUDIS, HAMLET, LAERTES, HORACIO, UN CURA, DOS SEPULTUREROS, ACOMPAÑAMIENTO DE DAMAS, CABALLEROS Y CRIADOS.

(Conducen entre cuatro hombres el cadáver de Ofelia, vestida con túnica blanca y corona de flores. Detrás sigue el preste y todos los que hacen el duelo, atravesando el teatro á paso lento, hasta llegar adonde está la sepultura. Suena el clamor de las campanas. Hamlet y Horacio se retirán á un extremo del teatro.)

LAERTES.

¿Que otra ceremonia falta (6)?

HAMLET.

Mira, aquel es Laertes, jóven muy ilustre.

LAERTES.

¿Que ceremonia falta?

EL CURA.

Ya se han celebrado sus exequias con toda la decencia posible. Su muerte da lugar á muchas dudas, y á no haberse interpuesto la suprema autoridad que modifica las leyes, hubiera sido colocada en lugar profano; allí estuviera hasta que sonase la trompeta final, y en vez de oraciones piadosas, hubieran caído sobre su cadáver guijarros, piedras y cascote. No obstante esto, se la han concedido las vestiduras y adornos virginales, el clamor de las campanas y la sepultura.

LAERTES.

¿Con que no se debe hacer mas?

EL CURA.

No mas. Profanaríamos los honores sagrados de los difuntos cantando un requiem para implorar el descanso de su alma, como se hace por aquellos que parten de esta vida con mas cristiana disposicion.

LAERTES.

Dadla tierra pues. (*Ponen el cadáver de Ofelia en la sepultura.*) Sus hermosos é intactos miembros acaso producirán violetas suaves. Y á tí, clérigo safo, te anuncio que mi hermana será un ángel del Señor, mientras tú estarás bramando en los abismos.

HAMLET.

Qué!... ¡La hermosa Ofelia!...

GERTRUDIS.

Dulces dones á mi dulce amiga. (*Esparce flores sobre el cadáver.*) A Dios... Yo deseaba que hubieras sido esposa de mi Hamlet, graciosa doncella, y esperé cubrir de flores tu lecho nupcial... pero no tu sepulcro.

LAERTES.

Oh! una y mil veces sea maldito aquel cuya accion inhumana te privó á tí del mas sublime entendimiento!.. No... esperad un instante, no echéis la tierra todavía... no... hasta que otra vez la estreche en mis brazos... (*Métese en la sepultura.*) Echadla ahora sobre la muerta y el vivo, hasta que de este llano hagais un monte que descuelle sobre el antiguo Pelion, ó sobre la azul estremidad del Olimpo que toca los cielos.

HAMLET.

¿Quien es el que da á sus penas idioma tan enfático, el que así invoca en su afliccion á las estrellas errantes, haciéndolas detenerse admiradas á oírle?... Yo soy Hamlet, príncipe de Dinamarca.

(*Atravesando por en medio de todos, va hácia la sepultura, entra en ella, y luchan él y Laertes, y se dan puñadas. Algunos de los circunstantes van allá, los sacan del hoyo y los separan.*)

LAERTES.

El demonio lleve tu alma.

HAMLET.

No es justo lo que pides.... Quitales esos (7) dedos de mi cuello; porque aunque no soy precipitado ni colérico, algun riesgo hay en ofenderme, y si eres prudente debes evitarle.... Quitale de ahí esa mano.

CLAUDIO.

Separadlos.

GERTRUDIS.

Hamlet! Hamlet!

TODOS.

Señores!

HORACIO.

Moderaos, señor.

HAMLET.

No; por causa tan justa lidiaré con él hasta que cierre mis párpados la muerte.

GERTRUDIS.

¿Que causa puede haber, hijo mio?..

HAMLET.

Yo he querido á Ofelia, y cuatro mil hermanos juntos no podrán con todo su amor esceder al mio... ¿Que quieres hacer por ella? Di.

CLAUDIO.

Laertes, mira que está loco.

GERTRUDIS.

Por Dios, Laertes, déjale.

HAMLET.

Dime lo que intentas hacer. (*Los sepultureros llenan la sepultura de tierra y la apisonan.*) ¿Quieres llorar, combatir, negarte al sustento, hacerte pedazos, beber todo el Esil (8), devorar un caiman? Yo lo haré tambien.... ¿Vienes aquí á lamentar su muerte, á insultarme precipitándote en su sepulcro, á ser enterrado vivo con ella? Pues bien, eso quiero yo; y si hablas de montes, descarguen sobre nosotros yugadas de tierra innumerables, hasta que estos campos tuesten su frente

en la tórrida zona, y el alto Osa parezca en su comparacion un terron pequeño... Si me hablas con soberbia, yo usaré un lenguaje tan altanero como el tuyo.

GERTRUDIS.

Todos son efectos de su frenesi, cuya violencia podrá agitarle por algun tiempo; pero despues, semejante á la mansa paloma cuando siente animadas las mellizas crías, le veréis sin movimiento y mudo.

HAMLET.

Oyeme: ¿cual es la razon de obrar así conmigo?.. Siempre te he querido bien... Pero... nada importa. Aunque el mismo Hércules con todo su poder quiera estorbarlo, el gato mayará, y el perro quedará vencedor.

(*Vase Hamlet, y Horacio le sigue.*)

CLAUDIO.

Horacio, ve, no le abandones.... Laertes, nuestra plática de la noche anterior fortificará tu paciencia mientras dispongo lo que importa en la ocasion presente... Amada Gertrudis, será bien que alguno se encargue de la guarda de tu hijo... Esta sepultura se adornará con un monumento durable... Espero que gozaremos brevemente horas mas tranquilas; pero entretanto conviene sufrir.

ESCENA IV.

Salon del palacio, el mismo que sirvió para la representacion, con asientos que han de ocuparse en la escena ix.

HAMLET, HORACIO.

HAMLET.

Baste ya lo dicho sobre esta materia. Ahora quisiera informarte de lo demas; pero ¿te acuerdas bien de todas las circunstancias?

HORACIO.

¿No he de acordarme, señor?

HAMLET.

Pues sabrás (9), amigo, que agitando continuamente mi corazón en una especie de combate, no me permitía conciliar el sueño, y en tal situación me juzgaba más infeliz que el delincuente cargado de prisiones. Una temeridad... Bien que debo dar gracias á esta temeridad, pues por ella existo... Sí, confesemos que tal vez nuestra indiscreción suele sernos útil, al paso que los planes concertados con la mayor sagacidad se malogran: prueba certísima de que la mano de Dios conduce á su fin todas nuestras acciones, por más que el hombre las ordene sin inteligencia.

HORACIO.

Así es la verdad.

HAMLET.

Salgo pues de mi camarote, mal rebujado con un vestido de marinero; y á tientas, favorecido de la oscuridad, llego hasta donde ellos estaban. Logro mi deseo, me apodero de sus papeles, y me vuelvo á mi cuarto. Allí, olvidando mis recelos toda consideración, tuve la osadía de abrir sus despachos, y en ellos encuentro, amigo, una alvosía del Rey. Una orden precisa, apoyada en varias razones de ser importante á la tranquilidad de Dinamarca y aun á la de Inglaterra, y.... oh! mil temores y anuncios de mal si me dejan vivo.... En fin, decía que luego que fuese leída, sin dilación ni aun para afinar á la segur el filo, me cortasen la cabeza.

HORACIO.

¿Es posible?

HAMLET.

Mira la orden aquí (*Le enseña un pliego, y vuelve á guardárselo*): podrás leerla en mejor ocasión. Pero ¿quieres saber lo que yo hice?

HORACIO.

Sí, yo os lo ruego.

HAMLET.

Ya ves como rodeado así de traiciones, ya ellos habian empezado el drama aun antes de que yo hubiese comprendido el prólogo. No obstante, siéntome al bufete, imagino una orden distinta, y la escribo inmediatamente de buena letra... Yo creí algun tiempo (como todos los grandes señores) que el escribir bien fuese un desdoro, y aun no dejé de hacer muchos esfuerzos para olvidar esta habilidad; pero ahora conozco, Horacio, cuanto útil me ha sido tenerla. ¿Quieres saber lo que el escrito contenía?

HORACIO.

Sí señor.

HAMLET.

Una súplica del Rey dirigida con grandes instancias al de Inglaterra, como á su obediente feudatario, diciéndole que su recíproca amistad florecería como la palma robusta; que la paz coronada de espigas mantendría la quietud de ambos imperios, uniéndolos en amor durable, con otras expresiones no menos afectuosas; pidiéndole por último, que vista que fuese aquella carta, sin otro exámen, hiciese perecer con pronta muerte á los dos mensajeros, no dándoles tiempo ni aun para confesar su delito.

HORACIO.

¿Y como la pudiste sellar?

HAMLET.

Aún esto mismo parece que lo dispuso el Cielo; porque felizmente traía conmigo el sello de mi padre, por el cual se hizo el que hoy usa el Rey. Cierro el pliego en la forma que el anterior, póngole la misma dirección, el mismo sello, le conduzco sin ser visto al mismo paraje, y nadie nota

ESCENA V.

HAMLET, HORACIO, HENRIQUE.

HENRIQUE.

En hora (10) feliz haya regresado vuestra Alteza á Dinamarca.

HAMLET.

Muchas gracias, caballero.... ¿Conoces á este moscón?

HORACIO.

No señor.

HAMLET.

Nada se te dé, que el conocerle es por cierto poco agradable. Este es señor de muchas tierras y muy fértiles, y por más que él sea un bestia que manda en otros tan bestias como él, ya se sabe, tiene su pesebre fijo en la mesa del Rey.... Es la corneja más charlera que en mi vida he visto; pero, como te he dicho ya, posee una gran porción de poivo.

HENRIQUE.

Amable Príncipe, si vuestra grandeza no tiene ocupación que se lo estorbe, yo le comunicaría una cosa de parte del Rey.

HAMLET.

Estoy dispuesto á oírlo con la mayor atención... Pero emplead el sombrero en el uso á que fue destinado. El sombrero se hizo para la cabeza.

HENRIQUE.

Muchas gracias, señor.... Eh! el tiempo está caluroso.

HAMLET.

No, al contrario, muy frío. El viento es norte.

HENRIQUE.

Cierto que hace bastante frío.

HAMLET.

Antes yo creo.... á lo menos para mi complexion hace un calor que abrasa.

el cambio.... Al día siguiente ocurrió el combate naval: lo que después sucedió, ya lo sabes.

HORACIO.

De ese modo Guillermo y Ricardo caminan derechos á la muerte.

HAMLET.

Ya ves que ellos han solicitado este encargo: mi conciencia no me acusa acerca de su castigo.... Ellos mismos se han procurado su ruina... Es muy peligroso al inferior meterse entre las puntas de las espadas cuando dos enemigos poderosos lidian.

HORACIO.

¡Oh, qué Rey este!

HAMLET.

¿Juzgas tú que no estoy en obligación de proseguir lo que falta? El que asesinó á mi padre y mi rey, que ha deshonrado á mi madre, que se ha introducido furtivamente entre el solio y mis derechos justos, que ha conspirado contra mi vida valiéndose de medios tan alevosos... ¿no será justicia rectísima castigarle con esta mano? ¿No será culpa en mí tolerar que ese monstruo exista para cometer como hasta aquí maldades atroces?

HORACIO.

Presto le avisarán de Inglaterra cual ha sido el éxito de su solicitud.

HAMLET.

Sí, presto lo sabrá; pero entretanto el tiempo es mío, y para quitar á un hombre la vida un instante basta... Solo me disgusta, amigo Horacio, el lance ocurrido con Laertes, en que olvidado de mí propio, no vi en mi sentimiento la imagen y semejanza del suyo. Procuraré su amistad, sí.... Pero, ciertamente, aquel tono amenazador que daba á sus quejas, irritó en exceso mi cólera.

HORACIO.

Callad... ¿Quién viene aquí?

HENRIQUE.

Oh! en extremo... sumamente fuerte, como..... yo no sé cómo diga..... Pues señor, el Rey me manda que os informe de que ha hecho una grande apuesta en vuestro favor. Este es el asunto.

HAMLET.

Tened presente que el sombrero se.....

HENRIQUE.

Oh! señor... lo hago por comodidad... cierto.. Pues ello es que Laertes acaba de llegar á la Corte.... Oh! es un perfecto caballero, no cabe duda. Escelentes cualidades, un trato muy dulce, muy bien quisto de todos... Cierto, hablando sin pasion, es menester confesar que es la nata y flor de la nobleza, porque en él se hallan cuantas prendas pueden verse en un caballero.

HAMLET.

La pintura que de él haceis no merece nada en vuestra boca, aunque yo creí que al hacer el inventario de sus virtudes, se confundirian la aritmética y la memoria, y ambas serian insuficientes para suma tan larga. Pero sin exagerar su elogio, yo le tengo por un hombre de grande espíritu, y de tan particular y extraordinaria naturaleza, que (hablando con toda la exactitud posible) no se hallará su semejanza sino en su mismo espejo; pues el que presume buscarla en otra parte, solo encontrará bosquejos informes.

HENRIQUE.

Vuestra Alteza acaba de hacer justicia imparcial en cuanto ha dicho de él.

HAMLET.

Sí; pero sépase á que propósito nos enronquecemos ahora entreme-

tiendo en nuestra conversacion las alabanzas de ese galan.

HENRIQUE.

¿Como decís, señor?

HORACIO.

¿No fuera mejor que le hablarais con mas claridad? Yo creo, señor, que no os seria dificil.

HAMLET.

Digo que ¿á qué viene ahora hablar de ese caballero?

HENRIQUE.

¿De Laertes?

HORACIO.

Eh! ya vació cuanto tenia, y se le acabó la provision de frases brillantes.

HAMLET.

Sí señor, de ese mismo.

HENRIQUE.

Yo creo que no estaréis ignorante de...

HAMLET.

Quisiera que no me tuvierais por ignorante, bien que vuestra opinion no me añadiría un gran concepto... Y bien, ¿qué mas?

HENRIQUE.

Decia que no podeis ignorar el mérito de Laertes.

HAMLET.

Yo no me atreveré á confesarlo, por no igualarme con él, siendo averiguado que para conocer bien á otro es menester conocerse bien á sí mismo.

HENRIQUE.

Yo lo decia por su destreza en el arma, puesto que segun la voz general, no se le conoce compañero.

HAMLET.

¿Y que arma es la suya?

HENRIQUE.

Espada y daga.

HAMLET.

Esas son dos armas... Vaya, adelante.

HENRIQUE.

Pues señor, el Rey ha apostado contra él seis caballos bárbaros, y él ha impuesto por su parte (segun he sabido) seis espadas francesas con sus dagas y guarniciones correspondientes, como cinturones, colgantes, y así á este tenor... Tres de estas cureñas particularmente son la cosa mas bien hecha que puede darse. ¿Cureñas como ellas!.... Oh! es obra de mucho gusto y primor.

HAMLET.

¿Y á que cosa llamáis cureñas?

HORACIO.

Ya recelaba yo que sin el socorro de notas marginales no pudierais acabar el diálogo.

HENRIQUE.

Señor, por cureñas entiendo yo, así, los... los cinturones...

HAMLET.

La espresion seria mucho mas propia si pudiéramos llevar al lado un cañon de artillería; pero en tanto que este uso no se introduce, los llamaremos cinturones... En fin, vamos al asunto. Seis caballos bárbaros contra seis espadas francesas con sus cinturones, y entre ellos tres cureñas primorosas... ¿Con que esto es lo que apuesta el francés contra el dinamarqués? ¿Y á que fin se han impuesto (como vos decís) todas esas cosas?

HENRIQUE.

El Rey ha apostado que si batallais con Laertes, en doce jugadas no pasarán de tres botonazos los que él os dé; y él dice que en las mismas doce os dará nueve cuando menos, y desea que esto se juzgue inmediatamente, si os dignais de responder.

HAMLET.

¿Y si respondo que no?

HENRIQUE.

Quiero decir, si admitis el partido que os propone.

HAMLET.

Pues señor, yo tengo que pasearme todavía en esta sala, porque si su Majestad no lo ha por enojo, esta es la hora crítica en que yo acostumbro respirar el ambiente. Tráiganse aquí los floretes, y si ese caballero lo quiere así, y el Rey se mantiene en lo dicho, le haré ganar la apuesta si puedo; y si no puedo, lo que yo ganaré será vergüenza y golpes.

HENRIQUE.

¿Con que lo diré en esos términos?

HAMLET.

Esta es la sustancia; despues lo podeis adornar con todas las flores de vuestro ingenio.

HENRIQUE.

Señor, recomiendo nuevamente mis respetos á vuestra grandeza.

HAMLET.

Siempre vuestro, siempre.

ESCENA VI.

HAMLET, HORACIO.

HAMLET.

Él hace muy bien de recomendarse á sí mismo; porque si no, dudo mucho que nadie lo hiciese por él.

HORACIO.

Este me parece un vencejo que empezó á volar y chillar con el cascaron pegado á las plumas.

HAMLET.

Sí, y aun antes de mamar hacia ya cumplimientos á la teta... Este es uno de los muchos que en nuestra corrompida edad son estimados, únicamente porque saben acomodarse al